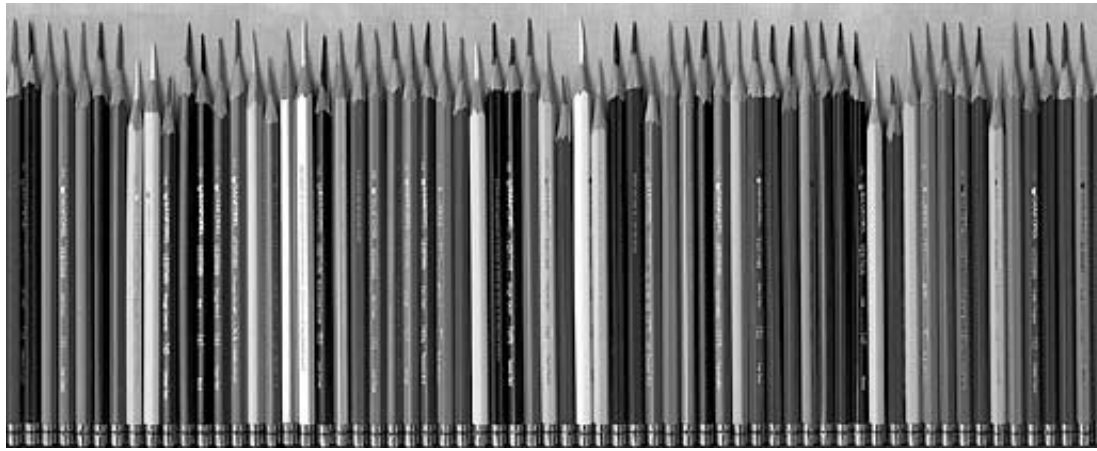




Ponjuán, concepto y exploración



Cerquita (2003), da la medida de los rejuegos conceptuales de Ponjuán.

Eduardo Ponjuán (Premio Nacional de Artes Plásticas 2013), está avalado por una obra de notable dinamismo y permanente renovación siempre signada por una profunda huella filosófica. Es una de las figuras más prominentes del arte contemporáneo cubano

Virginia Alberdi Benítez

Desde que el arte conceptual se hizo fuerte en el panorama de la creación visual de nuestro país allá por los primeros años 80, dos campos quedaron claramente definidos: de un lado, los que se afiliaron por un afán de puesta al día; de otro, los que encarnaron la tendencia como un modo expresivo idóneo para encauzar sus aventuras estéticas.

Entre estos últimos se hallaba Eduardo Ponjuán (Pinar del Río, 1956; egresado del Instituto Superior de Arte en 1983). Avalado por una obra de notable dinamismo y permanente renovación siempre signada por una profunda huella filosófica, es una de las figuras más prominentes del arte contemporáneo cubano. Sus creaciones revelan un marcado carácter metafórico, y un constante aliento poético que dota al espacio de una energía que lo identifica.

El carácter minimal de sus creaciones le permite transmitir las esencias de su proyección con notable

economía de medios. Como constante temática se advierte su interés por plantear al espectador un continuo y diverso juego de especulaciones con el tiempo, el espacio y el sentido mismo de la producción artística.

En esa ruta halló coincidencias con el trabajo de otro notable creador de su generación, René Francisco, con quien compartió proyectos al punto que no pocos pensaron que el binomio había llegado para quedarse. Ciertamente, las obras de esa etapa de labor en común constituyen referentes en la evolución de las artes visuales cubanas de finales del siglo pasado.

Pero a su debido tiempo y como ganancia neta, cada cual siguió su propio derrotero de acuerdo con sus intereses e inquietudes creativas y ya de manera individual Ponjuán afirmó sus valores.

Hubo tres momentos particularmente reveladores en su carrera a lo largo de la primera década de la actual centuria. La instalación *Koan*, vista en el Museo del Ron (Avenida

del Puerto) en 2003 marcó un hito por su proyección poético-espacial, a partir de una interpretación imaginativa y audaz de ciertos presupuestos de la filosofía oriental relacionados con la percepción de las emociones. El crítico Héctor Antón llamó la atención sobre el llamado de Ponjuán a ver y sentir más en contraposición con los usos especulativos del arte que se iban imponiendo en la cultura occidental. De ese mismo año es su obra *Cerquita*, radical en su ascetismo y a la vez con una buena dosis de humor culto en los textos grabados en los lápices de colores.

En 2007 impactó al público y la crítica con *Salitre*, en la galería Villa Manuela, de la UNEAC, por la intensidad de un discurso inusual en nuestro medio acerca de la vastedad y la erosión del tiempo. Dos años después, en el Centro de Arte de 23 y 12, *Make a wish* refrescó una visión lúcida y crítica sobre las apariencias que suelen convertirse en tópicos a la hora de legitimar el arte. La más reciente exposición de

Ponjuán, hace unos meses en la Galería Habana, resumió de cierto modo su poética conceptual, la misma que un año antes había confrontado ante el exigente circuito de la Bienal de Venecia con su pieza *Hundido en el horizonte*.

Al comentar la obra, el curador Jorge Fernández expresó: "Aunque simple en su composición, la forma en que es elaborada su puesta en escena y la naturaleza del material empleado, genera diversidad en su comprensión simbólica. (...) En el momento de la crisis económica y cuando la política cede sus espacios a los lobbies financieros, aparece esta pieza donde lo ético y lo estético participan de una mística especial".

Es la exigencia por plasmar material y espacialmente sus proyectos al más alto nivel la que define la estatura artística de Eduardo Ponjuán, justamente reconocida con el Premio Nacional de las Artes Plásticas y de la que cabe esperar, cuando por haber merecido el lauro haga una exposición personal en Bellas Artes en 2014, nuevos frutos.



Marilyn Bobes

Después de algunos años sin publicar prosa, el escritor cubano Miguel Barnet nos entrega un libro donde reúne tres de sus más recientes relatos y un conjunto de poemas de tema amoroso compilados por la editora Bertha Hernández.

Se trata del volumen *En el muro del Malecón*, publicado por Ediciones Cubanas a la que habría que imputar los descuidos ortográficos que se advierten en el libro, que debió ser mejor revisado.

Conocido por sus novelas y poemas, Barnet nos demuestra ahora sus virtudes en el manejo de la narración breve que ya habían sido reconocidas cuando su *Fátima o el parque de la Fraternidad* obtuvo el Premio Juan Rulfo otorgado por Radio Francia Internacional.

Por supuesto que este cuento, en el que se inspira el director Jorge Perugorri, es el plato fuerte del cuaderno, aun cuando los otros dos no

desmerecen el excelente oficio de un autor que maneja con eficacia esa primera persona con su consecuente carga de verosimilitud y complacencia con los lectores.

Carece de importancia si los textos titulados *Miosvatis* o *El Moro* surgen de alguna experiencia personal del escritor, pero resulta innegable que quien es entre nosotros reconocido como un novelista testimonial ha sabido reflejar en sus páginas ese mundo periférico en que La Habana, poblada de personajes que viven en cierto modo al margen, se transforma en protagonista por la omnisciente presencia de una picaresca dolorosa a la que el narrador personaje se acerca con los prejuicios de quien se siente a salvo, excepción hecha de *Fátima*, donde la voz conductora se funde en el monólogo de la misma manera que ocurre en otros textos de Barnet como su inmortal *Cimarrón* o su excelente *Canción de Rachel*.

Miosvatis, escrito hace ya muchos

años, cuando el fenómeno del jineterismo comenzaba a proliferar en Cuba, nos muestra una a veces incómoda distancia entre el narrador, acostumbrado a la belleza aséptica de un Zurich o un París encantadores y consumistas, y la sordidez de ciertas zonas de la capital de su Isla donde descubre un mundo que le es ajeno y repulsivo: el mundo en el que habitaba aquella mujer que había despertado su curiosidad a través de la mirada de un amigo extranjero.

Más críptico pero también más descamado es *El Moro*, un breve relato donde homosexualidad y prostitución constituyen contrapunto y eje central.

No ocurre en este último lo que en *Fátima*, donde es posible la identificación del autor con un personaje más humano y trabajado, aun cuando, como en *El Moro*, también el comercio sexual es abordado con el mayor realismo.

Fátima y *El Moro* se diferencian porque el narrador ha querido crear con la primera un entendimiento y

con el segundo una imposibilidad, la del narrador protagonista en su pretensión de crear lazos de afecto con un ser que más que un marginado es un antisocial, un delincuente en el que no se deja traslucir ni un ápice de compasión o de humanidad.

En cuanto a los poemas que completan a manera de coda *En el muro del Malecón*, poco habría que agregar puesto que se trata de textos ya conocidos de Barnet, cuya profusidad en el dominio de la lírica es por todos reconocida.

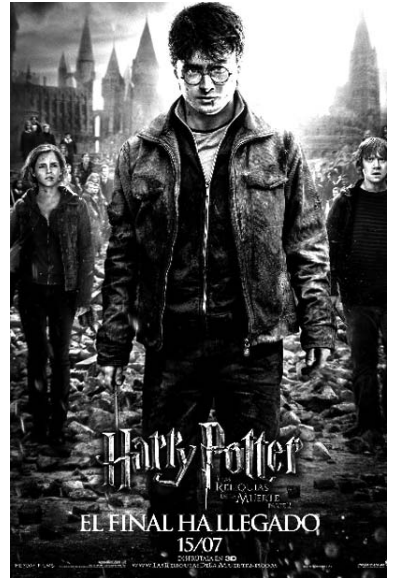
De cualquier manera, *En el muro del Malecón* es un libro para tener y conservar como todos los de Miguel Barnet.

En él hallamos la prosa siempre límpida, precisa y sintética que ha hecho de él un escritor notable, fiel a sus búsquedas aun cuando en esta ocasión haya transgredido su vocación épica para bucear en un mundo que convive con los de sus libros anteriores y al que él parecía un tanto indiferente.

estrenos ICAIC



La sala 3D del ICAIC (23 entre 10 y 12, Vedado) propone para este fin de semana las películas *Harry Potter y las reliquias de la muerte* (primera parte), coproducción británica-norteamericana de David Yates. También se exhibe el animado *Carros*, cinta norteamericana de John Lasseter y Joe Ranft.



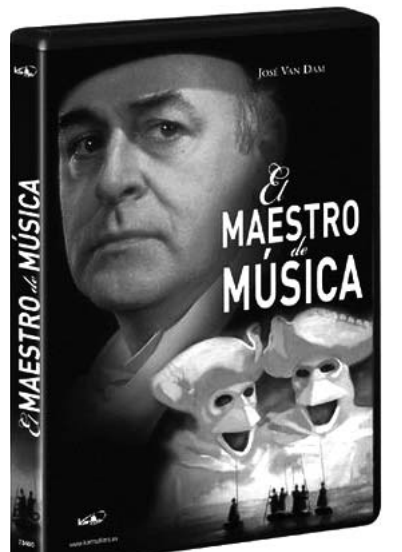
El llanero solitario, filme estadounidense dirigido por Gore Verbinski, se estrena en los cines Yara, Acapulco, Sala 1 del Multicine Infanta, Alameda, Carral, Sierra Maestra, Lido, Continental, Regla, Miramar y Cojimar. Protagonizada por Armie Hammer y Johnny Depp, trata sobre dos hombres que, unidos por el destino, luchan sin descanso por traer justicia a su tierra. Para mayores de 12 años.

El camino de vuelta es la propuesta de la sala Riviera, dirigida por Nat Faxon y Jim Rash. Película de EE.UU., interpretada por Allison Janney, Steve Carell y Toni Collette. Trata sobre el crecimiento espiritual de un tímido adolescente, que durante unas vacaciones familiares de verano, encuentra un insospechado amigo. Para mayores de 12 años.

Por su parte La Rampa exhibe, de EE.UU., *Titanes del Pacífico*, de Guillermo del Toro. Actuada por Charlie Hunnam, Idris Elba, Rinko Kikuchi, Charlie Day, esta historia fantástica cuenta sobre unas gigantes criaturas provenientes del mar, que inician una larga y terrible guerra contra la humanidad. Para mayores de 12 años.

El Multicine Infanta presenta en la Sala 2 la cinta británica *Vergüenza*, del director Steve Moqueen, con Michael Fassbender y Carey Mulligan. Para mayores de 16 años; la Sala 3, la comedia argentina *Incorregibles*, bajo la dirección de Rodolfo Ledo, para mayores de 12 años, y la Sala 4, la película canadiense *Testigos*, del director Damian Lee. Para mayores de 16 años.

El maestro de música es la propuesta belga-francesa del cine 23 y 12. Del director Gérard Corbiau, el filme es apropiado para mayores de 12 años.



La Cinemateca de Cuba exhibe, de Jacques Demy, *Piel de Asno*; *La bella y la bestia*, *Los padres terribles* y *Orfeo*, de Jean Cocteau.